

El Noticiero. 3 de abril de 1941(un día antes del Viernes de Dolores).

De Procesiones

Añorando

Aquel San Juan de Salzillo....

La escultura de San Juan de la Cofradía de N. P. Jesús Nazareno, debida a los maravillosos dedos de Salzillo, fue destrozada en una tarde aciaga de verano de 1936, por la barbarie de aquellos que no supieron distinguir la belleza del arte en una de sus clásicas representaciones).

Juan el Apóstol ha salido de Santo domingo. Una melancolía intensa pone en su semblante varonil la huella pálida de lo irreparable. Ha muerto el Maestro. El buen Jesús que predicaba bondad, que arrastraba una vida miserable, ansioso de hacer extender una hermandad imposible entre los humanos.

Y él, el discípulo predilecto, el identificado en un todo con sus doctrinas, asiste al entierro del hombre Dios, que sacrificó su vida, una vida repleta de bellas ideas de amor y de paz, en aras de sus creencias, maravillosas pero imposibles de adaptar entre nosotros, muertas en el madero bárbaro de la incomprendición.

Salzillo, el celebrado imaginero murciano, ha realizado de modo magistral una de sus mejores obras, poniendo en ese rostro lleno de juventud, un dolor profundo desesperado, que solo unos dedos como los suyos pudieron crear. Y sobre sus andas cuajadas de flor y luz parece caminar lentamente en pos del maestro

querido, yacente ahora, arrancado de la vida de por aquellos mismos a quienes predicaba con el ejemplo de una existencia miserablemente digno, resplandeciente de amor filial.

Tal vez, esa mirada triste que ha puesto en sus ojos el inconsuelo eterno de su pesar, refleje el aturdimiento súbito de sus pensamientos, la incredulidad angustiosa en lo que desgraciadamente es cierto y su cerebro se resiste a asimilar. Su frente, hermosa, parece así afirmarlo, y su entrecejo, fuertemente marcado denota la violenta lucha que en su mente calenturienta sostienen la certeza y la inseguridad.

Su cabeza, un poco inclinada, como abrumada por el peso de una desesperación que no llega a expresar totalmente su faz angustiosa, es prueba evidente del derrumbamiento de su fortaleza hasta ahora triunfante, que no ha podido resistir los embates,



atormentadoramente tenaces, de su dolor. Y así, en esa actitud total de aplastamiento, de desplome de todas sus facultades, aparece Juan el joven discípulo, sobre el paso floreciente, fantásticamente combinado de luz donde los rostros jadeantes, sudorosos de los portapasos, ponen nota de humanidad en el conjunto que parece sobrehumano, por su sorprendente

belleza. Dolor y tristeza; añoranzas; melancolía. Bajos sus ojos que miran sin ver. ¿No os parece también expresar su semblante el convencimiento de la inutilidad de sembrar bondad en terreno humano, azotado a perpetuidad por los malos vientos de las pasiones?.



Ante él, treinta y tres penitentes, con el mismo colorido en sus trajes, abren paso al mazo fuerte que camina en pos del cadáver del bien amado, sacrificado a un bello ideal. En quietud semejan estatuas encapuchadas merced a su absoluta inmovilidad.

Y al avanzar, solamente rompe el callado ambiente que *se encuentra* en derredor; el ruido monótono, acompañado de una sola pisada, que sin embargo componen numerosos pies.

El tercio de la bella imagen, presta su máximo esfuerzo, al mayor lucimiento de un conjunto que ya, por si solo, lo tiene garantizado. Y en una compenetración, originariamente maravillosa, la alegre juventud sanjuanista, dejando aparte sus deseos individuales de justificada expansión, acepta gozosa el yugo de unas horas severamente mortificantes de actuación, en el propósito, conseguido plenamente de que a la más preciada imagen de nuestras procesiones, preceda la más destacada agrupación.

Salzillo no pudo imaginar semejante acompañamiento, para ese rostro magníficamente expresivo que su cerebro genial, de alucinado, supo gestar.

J. J. V.

